

# UN ROTUNDO SÍ A LOS POBRES

Tenía ante sí lo que para mucha gente es un buen futuro. A los 23 años, Ethel Saavedra se licenció en Ingeniería Química en la Universidad Centro Americana (UCA), en San Salvador, su ciudad natal. Su vida parecía encaminada hacia el mundo de la producción o de la dirección de empresas porque era buena forma de servir a su país y ayudar a que saliera adelante después de años de violencia.

## **Un primer toque**

Pero el destino, quizá sería más acertado decir que la maduración personal, le mostraba otro camino. Nacida en una clase media alta, Ethel vivía en un mundo de estudio, de fiestas, de salir, de disfrutar... de tener todo lo que quería. Cuando todavía estaba en el Colegio de las Religiosas de la Asunción, las Hermanas le llevaron a un asentamiento de gente que huía de la violencia Ethel reconoce que “no sabía mucho de la guerra de mi país, aunque estaba a dos horas de Chalatenango, una de las ciudades más conflictivas. Como jóvenes ‘capitalinos’, siempre ocupados en tantas cosas, no le poníamos ni mente a ese problema”.

Pero el contacto con los desplazados resultó bastante fuerte y significativo, “porque fue ver la pobreza, palparla en nuestra propia ciudad”. Con ellos realizó un trabajo de alfabetización y aunque pensaba que no podía hacer mucho por ellos, al menos les acompañaba, les escuchaba, les apoyaba Esta vivencia fue un primer toque, “como que no disfrutaba igual de las cosas, dice Ethel, siempre sonriente. Tenía presente que hay mucha gente que sufre. Era como un clavito que se había metido en mí y cada vez que estaba bien y me sentía feliz me ‘pinchaba’ para que pensara en los demás: cuando sufría o tenía algún problema, igual, me ayudaba a relativizarlo. No podía pararme y decir: pobrecitos. Empezaba a preguntarme el por qué ellos aquí y yo allí”.

En medio de este vivir de interrogantes, muchas veces sin respuestas, con los “pinchazos” del clavito, realiza sus estudios en la UCA, formando un grupo de 15 personas —chicos y chicas— “muy bonito. Se creó una relación muy buena con mucho respeto a las ideas de cada uno”, recuerda Ethel. Eligió ingeniería química porque era una carrera nueva en El Salvador y tenía un gran futuro aunque no terminaba de convencerle la idea de pasarse todo el día encerrada en una fábrica y necesitaba algo más.

Por eso, cuando ya estaba preparando la tesis y antes de ponerse a trabajar en serio, decidió pedir a las Hermanas vivir una experiencia en el proyecto AMA (Auxiliar Misionera de la Asunción). Esperó a graduarse y a las dos semanas se fue a Nicaragua, a una zona de campesinos. Allí vivió en casa de las Hermanas, aunque no como religiosa. Por las mañanas trabajaba en las escuelas y luego en la pastoral de la parroquia.

## **Probarse**

Ethel manifiesta que “era un estilo de vida totalmente diferente al que yo había llevado. Era como probarme si podía hacerme como ellos, ver desde ahí qué era lo que estaba moviendo a hacer algo más, a no quedarme en lo que se considera normal en la sociedad: salir, te casas, tienes hijos, trabajar, etc.”

Reconoce que tenía miedo de irse a misión, “porque me decía: si me voy quizá me gusta y entonces qué”. La zozobra interior iba en aumento. “Señor, ¿por qué me llamas?”, se preguntaba muchas veces. Fue sólo para un año, “era como decirle a Dios, si Vos queréis que te sirva te voy a servir este tiempo y luego me regreso. Pero en ese año es cuando madura la idea de hacerse religiosa y da el sí definitivo y rotundo a los pobres.

Desde el pasado junio está en el Centro Maya-La Asunción, en San Luis, una pequeña ciudad de la provincia Petén, en Guatemala. Aquí permanecerá seis meses y luego irá al noviciado en Guatemala capital y después de tres meses de preparación hará los primeros votos. “Pedí venir a Petén, dice Ethel, porque había vivido la experiencia campesina en Nicaragua, con los pobres. El rostro de Dios lo veo en esta gente. Dentro de la familia uno aprende a amar a Dios, a ser de Dios, pero es distinto cuando ves que está en medio de los pobres”.

Tiene muy claro que hay que sacar de la gente lo bueno que tiene, pero sin olvidar que hay un pecado social creado en la injusticia, en la desigualdad, en la falta de solidaridad. Por eso, Ethel cree que “cada uno tiene que trabajar en pequeños campos de acción por un mundo más justo, levantando la dignidad de la gente, demostrando que la persona siempre vale la pena”.

J. Ignacio Igartua

## **PARA REFLEXIÓN Y DIÁLOGO DE GRUPOS**

1. Al escuchar este testimonio, ¿qué interrogantes, deseos, surgen en ti?
2. ¿No crees que cada uno de nosotros/as tenemos una misión que realizar en este mundo?  
¿Te has preguntado alguna vez cual es tu lugar en la Iglesia?
3. Dios tiene un sueño para cada hombre, cada mujer. ¿Cuál crees que es el sueño de Dios para ti?